

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis.....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO.

Deumque, ejus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet
—Pío IX al Director y redactores de El Pensamiento Español.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisiona-
dos, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La
administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provin-
cias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 53, rue Tai-
bout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

PARTE EXTRANJERA.

Las últimas noticias de Roma dicen que el Papa
goza de excelente salud.

Muchos emigrados romanos que residían en
Florenza han salido para Roma.

El ex-ministro Rattazzi ha llegado a Roma. Tam-
bien han acudido a dicha capital muchos emigra-
dos y extranjeros.

Los católicos de Italia piensan protestar contra
la ocupación de Roma.

L'Unità Católica de Turin ha empezado este mo-
vimiento, insertando las protestas de algunos ilus-
tres personajes.

Hoy recibimos L'Unità Católica del 27, de ella
tomamos lo siguiente:

«Empezar en Roma a cometerse las sacrilegas
profanaciones. Dícense las mayores blasfemias en el
Coliseo bañado con la sangre de tantos mártires, y
el púlpito que servía a los predicadores del Via-
crucis se ha convertido en tribuna de los dema-
gosos.»

Una correspondencia de Roma dirigida al mis-
mo periódico, dice lo siguiente:

«En los dos primeros días del régimen italiano en
Roma, se han cometido más de veinte asesinatos a
traición, se han saqueado algunos palacios, e inen-
dado algunas casas. El mismo Vaticano estuvo a
punto de ser invadido por una turba furiosa.
Pío XI no tenía segura su vida, y oraba esperando
el martirio.»

Algunos de sus familiares, por impulso propio y
sin ningún encargo oficial, enviaron a decir al ge-
neral Cadorna, que habiendo producido su entrada
tanto desorden, y puesto en riesgo los preciosos días
del Padre Santo, pensase en reparar tan gran daño.

Entonces mandó sus tropas acampar en la plaza
de San Pedro. Yo no lo creo, pero muchos sospechan
que estos desórdenes y estas amenazas contra el Va-
ticano, tenían por objeto llegar a este resultado.

Todo es posible en la hipocresía de los italianis-
mos que conquistan los pueblos con medios tan mo-
rales como todos sabemos.

L'Unità Católica escribe lo siguiente:

«Algunos periódicos italianos han dicho que el
Papa trata. Falsísimo. El Papa está prisionero y no
trata.»

L'Osservatore Romano del día 13 publicó la si-
guiente curiosa advertencia:

«Con pretexto de las suscripciones para los heridos
franceses y alemanes, se van recogiendo firmas para
un mensaje de carácter político. Creemos deber ad-
vertir a nuestros conciudadanos para que no caigan
en el lazo.»

De estos medios tienen que valerse los italianos
para que aparezca que los romanos desean unirse a
ellos.

Otra correspondencia de Roma dice que con las
tropas italianas entraron unos tres ó cuatro mil ga-
brialdos acompañados de mujeres de mala vida.
Esta canalla contra el derecho de gentes, se entretu-
vo en matar a todos los soldados pontificios que en-
contraban solos y desarmados.

Estas canallas fueron a las cárceles y sacaron a
los presos, paseándolos con cadenas y todos en co-
ches descubiertos, gritando y alborotando.

También estos libres ciudadanos fueron los que se
presentaron en actitud hostil ante el Vaticano, que
no estaba defendido más que por los suizos y unos
500 voluntarios romanos, dando ocasión de este mo-
do a que entrase Cadorna, que no había sido llama-
do oficialmente.»

Desde que la guerra franco-prusiana tomó las
colosales proporciones que estamos presenciando em-
pezamos a temer que surgiera en pos de ella otro
gran conflicto; porque Rusia quería sacar ventaja
del rompimiento del equilibrio europeo y realizar
en Oriente los sueños que hace tanto tiempo viene
acariciando.

Parece indudable que la diplomacia rusa ha to-
mado la iniciativa en la cuestión de mediación por
deseo expreso del zar; más para que la acción de
las Potencias sea eficaz, requiere un previo com-
pleto acuerdo, y, por el contrario, se observan en-
tre ellas divergencias sensibles.

Austria parece inclinada a la neutralización de la
Alsacia y la Lorena; Italia se inclina a la integridad
de la Francia; Inglaterra acepta la solución que
conduzca más pronto a la paz, pero se muestra te-
morosa de adquirir compromisos que la obliguen a
salir de su neutralidad. Rusia, por último, protesta

contra el desmembramiento del territorio francés,
activa sus armamentos y concentra tropas en las
fronteras ruso-prusianas; pero no se cree que su ob-
jeto sea favorable a la Francia, sino pedir compen-
saciones en el ducado de Posen si llega a realizarse
el engrandecimiento de la Alemania.

El Gabinete de San Petersburgo insiste al mismo
tiempo en exigir la revisión del tratado de París,
que dió tan rudo golpe a su influencia en Oriente,
y parece resuelto a aprovecharse de las complicacio-
nes actuales para conseguir su objeto. El general
Ignatieff, embajador en Constantinopla, acaba de ser
llamado por el emperador Alejandro para que le in-
forme verbalmente acerca de las disposiciones de la
Sublime Puerta, y se sabe que antes de emprender
su viaje el militar diplomático tuvo una larga confe-
rencia con el sultán sobre la cuestión pendiente:
Abdul-Aziz se encerró en una prudente reserva,
manifestando que estaba pronto a acceder a los de-
seos de Rusia si consentían en ello las demás Po-
tencias signatarias del tratado de 1856.

El Gobierno ruso debe comprender que las di-
ficultades están de parte de la Europa, hallándose
Turquía falta de medios para resistir, y en tal con-
cepto se prepara a hacer frente a las dificultades
del porvenir. Este debe ser el motivo de los grandes
armamentos que se observan en el imperio, de la
concentración de fuerzas en los confines de Podolia
y de Besarabia, y de los aprovisionamientos que se
están haciendo en Kiel, Rusia, como Italia, parece,
pues, decidida a aprovechar la oportunidad de la
guerra franco-alemana, para llevar adelante su po-
lítica tradicional. Si las tropas que tiene reunidas en
la antigua provincia polaca, la Volinia, pudieran
ser la reserva de las que destina a afirmar su pre-
tensión respecto al ducado de Posen, en el caso de
que Prusia adquiriera la Alsacia y la Lorena, las
que se concentran en Podolia y más aun las
reunidas en Besarabia, que ya solo encuentran por
el Sur el mar Negro y por el Este la Moldavia, solo
pueden tener por objeto las pretensiones acerca del
tratado de París, y tal vez el paso del Bruth, para
empezar la campaña como la anterior, como la in-
vasión de los principados danubianos.

De los antiguos aliados que apoyaron al imperio
turco en 1856, Francia no se encuentra en estado de
prestarle auxilios, y antes por el contrario, es pro-
bable que dejará obrar a la Rusia con tal de obtener
algunas concesiones en la paz con la Alemania. Di-
fícil es también que Italia envíase a Oriente sus sol-
dados, y la Inglaterra solo no podría contrarrestar las
miras ambiciosas del Gobierno ruso, mucho más si
este cuenta, como algunos suponen, con la alianza
de los Estados Unidos.

El horizonte no se presenta por tanto nada tran-
quilizador, y las últimas noticias vienen a oscure-
cerle más y más, indicando la probabilidad de que
las potencias neutrales abandonen sus gestiones en
favor de la paz, vista la actitud de la Prusia, orgu-
llosa con sus triunfos y resuelta a echar en la ba-
lanza el peso de su espada vencedora. Inglaterra,
que se agita con más actividad para obtener una
conciliación a todos provechosos, parece que retro-
cede ante las dificultades que encuentra en su ca-
mino, y no es dudoso que los demás Gobiernos se-
guirán su ejemplo, limitándose a seguir los aconte-
cimientos para utilizar en provecho propio, si les es
posible, las vicisitudes de la lucha.

Un comerciante español que acaba de llegar de
París ha dado a Las Novedades tristes noticias del
estado de aquella capital.

La desmoralización cunde de una manera prodi-
giosa en el pueblo y en el ejército. Habiendo aban-
donado la población casi todas las personas de re-
cursos, ha quedado entregada a miles de hombres
que viven a expensas del Gobierno ó de los particu-
lares, que toman pretexto de su cualidad de milita-
res, voluntarios ó patriotas, para ocupar constante-
mente las calles, plazas y tabernas, promoviendo
todo género de escándalos y de escenas repugnantes;
ya embriagándose en compañía de cierta clase de
mujeres y recorriendo las calles enfundando cancio-
nes obscenas, ya formando campamentos en que
juegan a los soldados y cometen tropelías, ya ame-
nazando las casas ó establecimientos públicos.

Una porción de perdidos se han disfrazado con
uniformes del ejército, e imploran la caridad públi-
ca con el fusil al hombro como fugitivos de Sedan;
guardias móviles andan en grupos sin disciplina al-
guna, y los soldados no guardan mejor las severas
leyes de la ordenanza. Ha sido necesario poner fuer-
tes retenes en los depósitos de víveres y hacer en
ellos el servicio como al frente del enemigo. Se pú-
blican toda clase de noticias que producen bruscos
transiciones en el espíritu público, y se pasa facili-
mente de una a otra exageración, ya dejándose do-
minar por un pánico indescriptible, ya ideando me-

dios de defensa más horribles que serán los ataques
de los prusianos. Una hoja ha defendido a los me-
rodeadores como última venganza de la patria. En al-
gunos barrios se ha suspendido, por falta de energía
en las autoridades, el riego y la limpieza, lo cual da
un aspecto a las calles que París no ha presentado
jamás.

Los tenderos de comestibles ocultan sus géneros;
los tahoneros venden fuera de las tahonas el pan, y
se espera que se nieguen a amasar por temor a las
turbas.

El miedo a parecer espía prusiano hace exagerar
el sentimiento patriótico hasta en las mujeres, dan-
do esto origen a escenas ridículas. El entusiasmo
no se excita sino con los recuerdos más horribles y
sangrientos del 93, de lo cual no puede esperarse
nada bueno.

A cada momento hay alarmas que cunden por todo
París: dos ó tres veces al día se cree que los hulan-
os, de los cuales se ha hecho un mito, están ya dentro
de la población.

En cuanto a los pueblos, el pánico no tiene lími-
tes, y hacen lo que pueden por alejar de ellos las
tropas francesas, creyendo que de este modo evi-
tarán toda resistencia a los prusianos, y podrán
rendirse sin que se ceben en ellos la ira del ene-
migo.

En toda Francia hay un movimiento de emigra-
ción hacia España é Italia. Los caminos están llenos
de bagajes y carabanos que parten el corazón.
Nadie tiene confianza; los puentes y caminos que
no se han cortado para el enemigo se corren para los
soldados franceses, con objeto de huir de ellos
o con el de detener en sus hogares a la Guardia
móvil.

Los destrozos y estragos hechos en las pobla-
ciones, en los campos y en el material de vida públi-
ca, agrícola ó industrial, de orden superior, ó por
efecto del miedo ó de la desesperación, son mu-
cho mayores que los que han hecho y harán los pru-
sianos.

El Tiempo publica la siguiente carta:
«Bordeaux, 28 de Setiembre de 1870.—Aprovecho
mi estancia en esta población para dar a Vd. al-
gunas noticias de actualidad.

Aquí se nota, como es natural, mucha ansiedad
en todos los rostros; y las noticias que se tienen del
sitio de París, aunque favorables en general, en los
detalles, a las armas francesas, no excitán el entu-
siasmo que en otras ocasiones, por la desconfianza
que se ha apoderado de todos.

Estos días ha estado aquí el jefe de los guerrille-
ros del Gers, compañía de tiradores-francos, en nú-
mero de cuarenta y ocho, todos ellos cazadores ex-
perimentados y que han jurado perecer en defensa
de su patria antes que rendirse. Su divisa se reduce,
como ellos dicen, a matar, matar siempre.

Llevar una bandera negra, y han salido para
Tours a tomar órdenes.

Los periódicos que se publican aquí, imitando a
su colega parisiense La Liberté, que ha venido a
hospedarse en Burdeos, están empleando un len-
guaje violento, que en vez de excitar el patriotismo,
induce a la desconfianza, y esto no parece muy na-
tural a los españoles, recordando aquel refrán de
perro ladrador...

Grande extrañeza, ó mejor dicho, grande indig-
nación está produciendo la conducta del Gobierno
en lo que se refiere a la escuadra reunida en Cher-
burgo.

Compuesta de dos navios y doce fragatas acoraza-
das y un sinnúmero de avisos, permanece inactiva
en aquel puerto, mientras que el Lloyd alemán
anuncia que a partir del 1.º de Octubre quedará
restablecido el servicio de vapores entre la Alemania
del Norte y los Estados Unidos.

No se explica, en efecto, semejante inacción, cuan-
do los ejércitos alemanes destruyen el corazón de
Francia.

Las poblaciones pequeñas, amenazadas por los
prusianos, temen más sus contribuciones que sus
fusiles. En Pontoise, por ejemplo, un intendente
prusiano con cincuenta ginetes se llevó 30,000 fran-
cos, de 400,000 que había pedido; y además 20,000
kilogramos de pan, 800 de sal, 800 de café, 800 de
azúcar, y todo el tabaco que había en la población,
y que estaba valuado en 500,000 francos.

El Journal du Loiret, que he leído hoy, da al-
gunos detalles sobre la estancia de los prusianos en
Etampes.

Entraron en número de quince con un oficial, y
el alcalde (maire) al presentarse este para pedir
una contribución, como de costumbre, faltando a la
presente guerra, se preparaba a ejecutar en las Rocas Massa-
bielle las medidas prescritas por el Sr. Massy.

La noticia de que el prefecto había mandado des-
pojar la Gruta, cundió rápidamente causando pro-
funda agitación en toda la ciudad. La población en
masa estaba consternada, como en presencia de un
monstruoso sacrilegio.

«La Santísima Virgen se ha dignado bajar entre
nosotros, se decía; y hacer milagros, y se la recibe
de esta manera! ¿Cómo no atraer la cólera del cielo?
Las almas más frías sentíanse conmovidas; una
sorda efervescencia, cada vez mayor, iba poco a po-
co manifestándose en la población. Desde los prime-
ros momentos, y antes de la entrevista que acaba-
mos de referir, el Sr. Peyramale y los Sacerdotes de
la ciudad habían dirigido a unos y a otros palabras
de paz y tratado de calmar a los más excitados.

«Amigos míos, decía el Clero, no comprometáis
con desórdenes vuestra causa; sufrid la ley, aunque
semejante medida. Al prefecto correspondía, si lo
juzgaba oportuno, obrar directamente y proceder a la
prisión por una orden directa dada a la gendar-
mería.

XVII.

Mientras que la suerte y la libertad de Bernardita
estaba pendiente de todas estas incertidumbres,
el Sr. Jacomet, de gran uniforme y adornado con su
banda, se preparaba a ejecutar en las Rocas Massa-
bielle las medidas prescritas por el Sr. Massy.

La noticia de que el prefecto había mandado des-
pojar la Gruta, cundió rápidamente causando pro-
funda agitación en toda la ciudad. La población en
masa estaba consternada, como en presencia de un
monstruoso sacrilegio.

«La Santísima Virgen se ha dignado bajar entre
nosotros, se decía; y hacer milagros, y se la recibe
de esta manera! ¿Cómo no atraer la cólera del cielo?
Las almas más frías sentíanse conmovidas; una
sorda efervescencia, cada vez mayor, iba poco a po-
co manifestándose en la población. Desde los prime-
ros momentos, y antes de la entrevista que acaba-
mos de referir, el Sr. Peyramale y los Sacerdotes de
la ciudad habían dirigido a unos y a otros palabras
de paz y tratado de calmar a los más excitados.

«Amigos míos, decía el Clero, no comprometáis
con desórdenes vuestra causa; sufrid la ley, aunque

Corren rumores de que esta ciudad recibirá antes
de mucho la visita de los soldados del rey Guillér-
mo, y temo que, a pesar de sus fanfarronadas semi-
gasconas, no podrán los habitantes hacer formal re-
sistencia.

La Independencia belga dice que la adminis-
tración general de correos de Francia debe traslada-
se a Pau, y a Tolosa la delegación del Gobierno, que
estaba en Tours. Los prusianos pensaban enviar
fuerzas hasta Bourges, donde había víveres en abun-
dancia.

El mismo periódico habla de las negociaciones
seguidas en Baviera para facilitar y completar la
unión germánica. Pero la Baviera pone tales con-
diciones, que en realidad la unidad germánica re-
sultaría ilusoria. El partido nacional se agita mu-
cho para influir en las resoluciones del Gobierno de
Baviera.

En Reims se le disparó un tiro desde una casa al
primer escuadrón de dragones prusianos que peno-
tró en la ciudad. En los primeros momentos el rey
Guillermo quiso arrasar la casa de donde partió el
tiro; pero después se ablandó ante los ruegos del al-
calde y conmutó la pena con 2,000 botellas de vino
de Champagne, destinadas al regimiento que fué ob-
jeto de la agresión.

En Epernay un incidente análogo tuvo consecuen-
cias más graves. Un oficial prusiano fué muerto a
hachazos por unos paisanos en la estación del ferro-
carril, y de resultas se puso a la ciudad una contri-
bución de guerra de 300,000 francos.

También en Vieille Maison habían sido presos unos
paisanos por haberse fortificado en el camino y he-
rido cinco soldados alemanes.

En el cuartel general del príncipe real se decía
que al tomar posesión de Sedan, las tropas francesas
estaban completamente desmoralizadas y en mitad
de la calle maltrataron de la manera más indigna a
un general.

No nos explicamos que, si como dice La Liberté,
hay en Tours un ejército de 60,000 hombres, piense
la delegación del Gobierno en abandonar la ciudad
sin combatir.

Se había organizado en la misma ciudad una le-
gión extranjera, en que hay belgas, hannoverianos,
scandinavos, holandeses, españoles, italianos, tur-
cos, griegos, rusos, austriacos, negros y chinos.

Según parece, la disciplina dejaba bastante que
desear.

Con motivo de las victorias alcanzadas por los
ejércitos alemanes, el ayuntamiento de Hadersleben
(Schleswig) ha pedido al rey Guillermo que cese la
situación que el art. 5.º del tratado de Praga hace
pesar sobre el Schleswig del Norte.

El ayuntamiento de Kiel ha decidido enviar un
mensaje al rey, en el que manifiesta el deseo de que
las victorias de los ejércitos alemanes produzcan la
supresión de la cláusula del tratado de Praga, rela-
tiva a la devolución de los distritos del Norte del
Schleswig a Dinamarca, visto que estos distritos
han formado siempre parte integrante del Schles-
wig.

La petición añade que los habitantes del Schles-
wig Holstein no consentirán jamás en separar sus
destinos de los de sus hermanos del Norte, y que
sienten la cláusula relativa a la devolución de los
distritos del Norte, sobre todo después que se ha
visto que es imposible encontrar una línea exacta
de demarcación y obtener garantías de Dinamarca.
La petición termina así:

«Confiamos en que agradecerá a V. M. en el mo-
mento en que Alemania esté unida y sus fronteras
occidentales y sus habitantes alemanes protegidos
por una paz duradera, dar también al Norte de Ale-
mania la paz tan deseada.»

El diario oficial prusiano publica la lista de los
generales prisioneros en Sedan. Del primer cuerpo

de ejército francés quedaron en poder de los prusia-
nos el comandante en jefe y 12 generales del quinto,
seis generales del sétimo el general en jefe
Douai y ocho generales más; del duodécimo el ge-
neral en jefe Lebrun y 12 generales más.

Además fueron hechos prisioneros 32,400 hom-
bres del primer cuerpo; 41,166 del quinto; 15,618
del sétimo y 25,309 del duodécimo.

En la lista citada no están comprendidos el gene-
ral Wimpffen y su estado mayor.

Las noticias de Argelia son poco tranquiliza-
doras.

Anteayer espiraba el plazo dado por los caídos al
Gobierno de Francia para declararse independien-
tes. Una de las condiciones impuestas por aquellos
se habían de quedar sometidos, era la abolición de
las contribuciones.

El comité republicano había tratado de destituir
al gobernador.

El estado de agitación era muy grande.

Las siguientes noticias son tomadas de varios pe-
riódicos:

«Adviértase en la Provenza de Languedoc y otras
provincias del Mediodía de Francia, que es cada día
más marcada y decidida la idea de la emancipa-
ción é independencia del resto de la nación, decla-
rándose en estado independiente con la forma republi-
cana.»

«El general Massi, comandante militar de la pla-
za de Roma ha nombrado una comisión de tres le-
trados para que examinen los procesos por delitos
mixtos ó sean de delitos comunes cometidos con ob-
jeto político, a fin de tomar con sus autores la deter-
minación que corresponda.»

«El Consejo de ministros italiano ha decidido que
el general Lamarmora vaya a Roma, no como coman-
dante general militar, sino como comisario extraor-
dinario ó como lugarteniente del rey.»

«Los prusianos continúan en directa y completa
comunicación entre el cerco de París y el Rhin, sin
que los paisanos ni los francos-tiradores ni el ejér-
cito francés ni nadie se ocupe de cortar las vías fér-
reas ni las líneas telegráficas. Los prusianos, por su
parte, parece que no se meten con nadie, ni maltra-
tan pueblos ni personas, sino allí donde son hostili-
zados.»

«El comendador Giacomelli, enviado a Roma por
el ministro de Hacienda italiano Sella, para encar-
garse de la gestión financiera en los Estados Pon-
tificios, ha encontrado en el Tesoro un millón de pe-
setas próximamente y en la casa de moneda dos mi-
llones y medio en pasta. Estos eran los únicos re-
cursos con que contaba la hacienda pontificia.»

«Una carta de Nancy refiere que entre los prusia-
nos de la guarnición se habla de que Napoleón ha
sufrido un violento ataque nefrítico, y que el gene-
ral Avesleben había ido a Casel para enterarse del
estado del enfermo por orden del rey Guillermo.»

«El conde de Beust ha manifestado al Sr. Thiers
que a pesar de la viva simpatía de Austria por Fran-
cia, el Gabinete de Viena no puede entrar en nego-
ciaciones sino con el concurso de Inglaterra y Rusia
y de Italia, con quien el Gobierno austro-húngaro
tiene un convenio tácito desde el principio de la
guerra.»

«En toda Francia hay movimiento de emigración
hacia España é Italia. Los caminos están llenos de
bagajes y carabanos.»

«Un telegrama oficial recibido anoche, dice que
se habían sumergido en el Sena los postes de cuatro
líneas telegráficas, quedando completamente des-
truidas.»

L'Opinion asegura que ha llegado a Florenza la
contestación del Papa a la carta del rey de Italia. La
carta del Papa está fechada el 11 de este mes, y con
ella iba una carta del Cardenal Antonelli al comen-
dador Lanza, presidente del Consejo de ministros.
Ambas cartas son anteriores a la ocupación de Roma
por los italianos.

El príncipe heredero de Prusia ha publicado la
siguiente proclama en francés:

«A LA POBLACION FRANCESA:

En estos últimos días han ocurrido casos de ata-

— 292 —

guiría. Bien sabéis que no hay ni un solo tribunal
en Francia que se negase a reconocer su inocencia,
esplendente como el sol; que no hay ni un solo pro-
curador imperial que en tales circunstancias no de-
clarase monstruosa ó hiciera cesar, no digo una de-
tención, sino una simple acción judicial.

—Por eso no obra la magistratura, respondió el
Sr. Dutour. El señor prefecto, apoyado en la decla-
ración de los médicos, manda encerrar a Bernardita
como ataca de locura, y lo hace por interés su-
yo para curarla. No pasa de ser una medida admini-
strativa que en nada atañe a la religión, puesto
que ni el Obispo ni el Clero se han mezclado en
ninguno de estos sucesos que se verifican lejos de
su vista.

—Semejante medida, respondió el sacerdote cada
vez más animado, sería la más odiosa de las perse-
cuciones, tanto más odiosa cuanto que toma una
máscara hipócrita, y finge aires de protección cu-
biéndose con la capa de la legalidad, precisamente
para herir a un ser indefenso. Si el Obispo, si el
Clero, si yo mismo esperamos a que ilumine a estos
acontecimientos una luz más clara cada día, para
fallar sobre si son ó no sobrenaturales, no quiero
esto decir que no estamos plenamente convencidos
de la sinceridad de Bernardita y del cabal estado
de sus facultades intelectuales. Y si no han descu-
bierto ninguna lesión cerebral, ¿por qué han de ser
más competentes nuestros dos médicos para juzgar

— 293 —

de la locura ó de la lucidez que cualquiera de las
mil personas que han interrogado a la niña, y que
han admirado unánimemente el carácter normal de
su inteligencia? Vuestros mismos médicos no se atre-
ven a afirmar nada, y su conclusión es solo una hi-
pótesis. El señor prefecto no puede con ningún pre-
texto prender a Bernardita.

—Es un hecho legal.

—Es un hecho ilegítimo. Como Sacerdote, como
Párroco de la ciudad de Lourdes, tengo la obligación
de atender a todos, y en particular a los más débi-
les. Si viera a un hombre armado atacar a un niño,
defendería al niño, aun con riesgo de mi vida, por-
que se el deber de protección que incumbe al buen
pastor. Claro es que lo mismo haré cuando ese hom-
bre sea un prefecto, y el arma con que ataca el mal
artículo de una mala ley. Id, pues, a decir al señor
Massy que sus gendarmes me hallarán en el umbral
de la puerta de esa pobre familia, y que tendrán que
derribarme, y pasar sobre mí, y pisarme, antes de
tocar a un solo cabello de la cabeza de esa niña.

—Pero....

—No hay pero que valga. Examinad, hacéis
preguntas, sois libre, y todo el mundo os invitará a ello.
Pero si en lugar de esto, queréis perseguir ó herir a
los inocentes, tened entendido que antes de tocar al
último y al más pequeño de mi rebaño, hay que em-
pezar por mí.

El sacerdote se había levantado. Su elevada esta-

— 296 —

semejante medida. Al prefecto correspondía, si lo
juzgaba oportuno, obrar directamente y proceder a la
prisión por una orden directa dada a la gendar-
mería.

XVII.

Mientras que la suerte y la libertad de Bernardita
estaba pendiente de todas estas incertidumbres,
el Sr. Jacomet, de gran uniforme y adornado con su
banda, se preparaba a ejecutar en las Rocas Massa-
bielle las medidas prescritas por el Sr. Massy.

La noticia de que el prefecto había mandado des-
pojar la Gruta, cundió rápidamente causando pro-
funda agitación en toda la ciudad. La población en
masa estaba consternada, como en presencia de un
monstruoso sacrilegio.

«La Santísima Virgen se ha dignado bajar entre
nosotros, se decía; y hacer milagros, y se la recibe
de esta manera! ¿Cómo no atraer la cólera del cielo?
Las almas más frías sentíanse conmovidas; una
sorda efervescencia, cada vez mayor, iba poco a po-
co manifestándose en la población. Desde los prime-
ros momentos, y antes de la entrevista que acaba-
mos de referir, el Sr. Peyramale y los Sacerdotes de

ques al derecho de gentes por parte de la población francesa contra las tropas alemanas, lo cual me obliga a ordenar lo siguiente:

En las ciudades o aldeas en que entren tropas alemanas, todos los habitantes son solidariamente responsables con su vida y propiedades por cada soldado alemán que sea víctima de traición o emboscada.

Los jefes de las tropas alemanas están facultados para usar las más severas represalias, siempre y cuando por parte de la población francesa se falte al derecho de gentes.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 1.º DE OCTUBRE DE 1870.

ROMA Y PARÍS.

Desde hace algún tiempo los nombres de estas dos ciudades suelen pronunciarse juntos cual si fuesen recíprocamente el uno eco del otro. Para conocer de antemano los sucesos de Roma, mirábase a París; para augurar lo que había de acontecer en París, dirigíase la vista a Roma. Si se decía que Garibaldi estaba a punto de salir de Caprera, que Mazzini se hallaba en Italia, que el brigantismo amenazaba a Roma, que el Papa preparaba su evasión... buscábase la probabilidad de estas noticias en la política de las Tullerías; y esta misma política con respecto a la capital pontificia, nos daba la clave para preñizar los peligros de la dinastía imperial.

Es que París y Roma eran las capitales del continente europeo y aun de las demás partes del mundo a donde alcanza nuestra influencia.

París era la capital del mundo nuevo, del mundo revolucionario, del mundo sin Dios y sin Cristo, del mundo de los gozes materiales y del vicioso placer. Roma, por el contrario, era la capital del mundo cristiano, del mundo tradicional y antiguo, de las creencias firmes, de los sentimientos honrados, de las costumbres puras y graves, del mundo de Dios y de Cristo, de los hombres que creen en lo sobrenatural.

En la primera de estas ciudades abundaban los teatros y casas de placer; en la segunda, los templos y casas de recogimiento y oración. Allí el domingo era empleado en pasear por los inmensos bosques en donde el artefacto y el encanto material brindaban a satisfacer las pasiones como acontecía antiguamente en las ciudades paganas maldecidas por Dios; en la segunda, los días de fiesta eran para recorrer las estaciones de los Santos, visitar la tumba sagrada de los Apóstoles y meditar en las ruinas del Circo el heroísmo cristiano de los mártires y la degradación a que había conducido a los pueblos antiguos el olvido de Dios.

París convocaba a las naciones a presenciar los adelantos de la industria y los refinamientos de la civilización neo-pagana, cuando Roma llamaba a los cristianos a celebrar con solemne culto las canonizaciones de los Santos. En Roma eran protegidas las artes bellas que son luz y adorno del espíritu, y medio dejado por Dios para templar las penas de la vida; en París se inventaba el impedimento can-can.

Finalmente, el doctrinarismo político, que careciendo de principios morales, dejase arrastrar por las circunstancias en no pudiendo empujarlas, torciendo a la derecha ó a la izquierda con igual libertad, buscando solamente el éxito en todas las empresas, dominaba en París: la política de Roma estaba formulada con aquel *Non possumus*, con el cual el Sumo Pontífice ha contestado a tantas exigencias iníquas y a todas las pretensiones injustas del espíritu pagano y revolucionario.

No es, pues, maravilla que el nombre de París despertase el recuerdo de Roma, y que el nombre de Roma hiciese asomar en los labios el nombre de París: eran dos capitales enemigas, situadas en un mismo campo, que se disputaban el imperio del mundo partiendo de principios opuestos, ambicionando intereses contrarios, y obrando la una en nombre de la carne y la otra en nombre del espíritu; ó mejor dicho, la una en nombre de Satanás, la otra en nombre del Señor.

Consideradas así las dos ciudades, cuánto la una ganaba era pérdida para la otra; cada quebranto de esta proporcionaba a aquella nuevas ventajas y adelantamientos.

Pero París tenía en su seno una numerosa población romana que imponía respeto a los enemigos: los viajeros que iban a ver las exposiciones industriales, visitaban también a *Notre Dame*; en el mismo barco que llevaba un cargamento de libros corruptores, de novelas inmorales y de láminas asquerosas, iban tal vez los misioneros y las hermanas de la Caridad, encargados de difundir en remotas regiones la luz y la caridad del Evangelio. En Roma movíanse en las sombras y en el misterio, y dejándose apenas ver de los romanos, algunos emisarios de la revolución, que fingían representar al pueblo romano.

La lucha, por consiguiente, tenía a la vez los caracteres de una guerra extranjera hecha de potencia a potencia y los de guerra civil.

¿Vencía en París el elemento católico? Roma estaba segura. ¿Ganaba el elemento impío y revolucionario? Roma peligraba. Por esto, en tratándose de Roma, mirábase luego a París. Además, sabiendo que no hay poder capaz de subsistir contra el Altísimo, los católicos estudiábamos la conducta de los Gobiernos de París para con Roma, cuando queríamos predecir su estabilidad ó su ruina.

Los impíos y los hombres ligeros se reían de nosotros siempre que, abriendo la historia, les poníamos ante los ojos el camino seguido por cuantos persiguieron a la Iglesia; para ellos la caída de Napoleón era una cosa improbable; la conquista de París hubieranla tenido por imposible, si alguien se hubiese atrevido a pronosticarla. Y sin embargo, Napoleón cayó bajo la pesadumbre de la mayor vergüenza, y París está sitiado, sin esperanza de que nadie vaya a levantar el cerco.

Dírase que Roma ha caído al mismo tiempo. Es verdad; pero ¿qué diferencia entre una y otra caída? La una es como la muerte de Abel; la otra puede compararse a la muerte de Judas.

París muere en una guerra que, con más ó menos motivo, ha provocado: Roma está en poder de los soldados del rey del Piemonte por efecto de la invasión más villana y menos justificada de cuantas refieren las historias. París se nos presenta como un agresor, a quien su adversario vence y humilla: Roma, como una víctima inocente y débil, como el cordero arrebatado por el lobo. París es vencido, más que por las armas prusianas, por la ambición desatentada de sus hijos, por las discordias intestinas, por la división de pareceres, intereses y aspiraciones, por la falta de moralidad y de patriotismo: Roma levantó bandera de parlamento para evitar la efusión de sangre luego de haber protestado contra la agresión y en favor del derecho. París, después de ponerse en ridículo por sus baladronadas intempestivas, pide la paz de rodillas, y Julio Favre que, como rey absoluto, no da parte de resoluciones importantes a sus compañeros, llora delante de Bismarck; Pio IX, aun viendo a la ciudad asaltada, conserva su dignidad, y con ella impone respeto a los enemigos.

La humillación y las pérdidas son mayores para París sitiado que para Roma tomada.

Estas consideraciones se ocurren mirando a lo presente; si se atiende a lo porvenir de entrambas ciudades, las diferencias aparecen, si cabe, mayores todavía. ¿Cómo se levantará París de su postulación actual? ¿Cuál será su gobierno en saliendo de la crisis? ¿De dónde sacará gobierno? Si Prusia no le impone un rey de su elección, ¿no seguirá a la guerra extranjera una guerra civil con todos sus desastres y atrocidades, guerra que ha comenzado ya en algunos puntos? Siguiendo París por la senda que hace años recorría, prevaleciendo allí la idea revolucionaria, las escuelas materialistas, la prensa atea, los espectáculos inmorales, etc., gastaría en poco tiempo la escasa virilidad que le queda, haríase cada día más incapaz de resistir a cualquiera acometida, y acabaría por hundirse en el abismo de la humillación y de la impotencia. Solamente quemando lo que hasta ahora ha adorado, y adorando lo que hasta ahora ha quemado, dejando que domine el elemento católico, es decir, haciéndose romana, podrá recobrar su vigor prístino y hacerse respetar y querer de las naciones cuanto antes se ha hecho temer y odiar.

Roma, por el contrario, nada tiene que modificar en su moral ni en su política; los principios que le

guían son eternos; sus esperanzas inmortales, porque se fundan en Dios y en su ley sacrosanta. El porvenir de Roma es inefable, y tanto más glorioso cuanto más humillada se encuentra en la actualidad, porque no pudiendo el mundo salvarse sino volviendo a creer y practicar las doctrinas que Roma enseña en nombre de Dios, su gloria y su gozo cuando llegue el día de la general regeneración, serán proporcionados al abandono que antes haya sufrido. Roma puede estar segura, y lo está, de que cuando el nombre de Víctor Manuel sea olvidado de todos, y el de Napoleón sirva solo para mortificar a los estudiantes de historia, el suyo llenará el mundo.

Ahora mismo la toma de Roma por el general Cadorna tiene el privilegio de absorber la atención pública tanto ó más que el sitio de París; los conquistadores de la capital del catolicismo se ven agobiados por la posesión de una presa que tanto habían codiciado, no sabiendo lo que les conviene hacer con ella.

El rey del Piemonte ha prometido respetar al Papa, y aunque tenemos poca fe en sus promesas, creemos que no se atreverá a arrojarlo de Roma, concitando contra sí la indignación del universo. Estando el Papa en Roma, Víctor Manuel no puede reinar allí. El rey del catolicismo será siempre más que el rey de Italia, y la magestad pontificia oscurecerá el brillo de la magestad real. El Papa no puede estar en Roma sino como rey ó como mártir: ningún rey puede penetrar en la ciudad eterna más que como perseguido ó perseguidor.

La historia de Roma rechaza a los reyes que no sean Pontífices. Desde Tarquino no ha tolerado más que consules que exaltaba y humillaba sucesivamente, ó emperadores que eran a la vez pontífices sumos del paganismo romano.

Y si Víctor Manuel no prueba de establecer su corte en Roma, ¿qué será de él? La revolución que le ha empujado a invadir los Estados Pontificios proclamará muy pronto la república. La revolución se sirve de los reyes; nunca trabaja por ellos, y cuando le oponen obstáculo los arroja como instrumento que ya no se puede utilizar. Víctor Manuel será probablemente dentro de pocos días un ejemplo más de la ingratitud de la revolución para con los que la ayudaron a caminar.

Pero la república que se establece en Roma, si a eso se llega, será la república de Mazzini y de Garibaldi; una república masónica, sin Gracos y sin Catones; una república de la cual los romanos serán los primeros en cansarse; una república insubstancial y efímera.

Cuando Víctor Manuel haya sido víctima de los revolucionarios, y cuando el descrédito de estos haya llegado a su colmo, ¿qué será de Roma? Roma será otra vez la capital del reino pontificio, el centro de la unidad católica, el consejero de los pueblos y de los reyes, la gloria de la Iglesia y la salvación del mundo.

París venerará a Roma como todas las ciudades que hayan de ser salvas.

LA FRANCIA REVOLUCIONARIA.

Todas las noticias del extranjero confirman la idea de que la Francia revolucionaria está corrompida, gangrenada, sin fuerza y sin patriotismo, y casi hacen desesperar de la salvación de ese pueblo. Lo que dice hoy el *Moniteur Universel*, periódico gubernamental de Tours, es verdaderamente desolador. Confiesa la anarquía que reina en las grandes ciudades, el desconcierto general, la falta de valor y decisión de los franceses, las violencias demagógicas, y lo que es más horrible que todo esto, la resistencia de los revolucionarios a que se armen las más valientes y patrióticas comarcas de Francia, porque son las más católicas; la Vendée y la Bretaña.

Describiendo y lamentando la anarquía que se extiende por toda Francia, el *Moniteur* escribe un largo artículo, titulado *El movimiento federal*, en el cual empieza diciendo que cuando los franceses fundaron en el pasado siglo la república, conservaron de la herencia de lo pasado la unidad nacional, y con tal empeño, que consideraban como un crimen el solo pensamiento de federalismo. Hoy sucede lo contrario: los revolucionarios franceses, no solo quieren acabar con la excesiva centraliza-

ción y fundar una prudente libertad administrativa, sino que destruyen la unidad nacional, dividiendo funestamente a la patria, con el pretexto laudable, si no fuera hipócrita, de su defensa.

Según los datos que publica el *Moniteur*, este movimiento separatista y federativo es alarmante. El *Eclair* de Saint-Etienne, «temiendo que el sub-gobierno de Tours no se atreva a dictar medidas radicales», propone una federación del Mediodía y del centro, y el nombramiento de una comisión permanente que se instalará en una capital provisional, y tomará todas las disposiciones que crea convenientes «para asegurar la defensa y hacer respetar la república».

En Marsella se ha instalado y ha celebrado ya una sesión, bajo la presidencia del Sr. Esquiró, «La liga del Mediodía para la defensa nacional». A la reunión asistieron los individuos de la comisión revolucionaria de Lyon y los delegados de los departamentos de la Vaucluse, del Ródano, Gard, Isère, Drome, Herault, Bajos-Alpes, Altos-Alpes, Alpes-marítimos, Alto-Loira y de las Bocas del Ródano. La Liga pidió en el perentorio término de tres días al Gobierno provisional que le indicara la línea de conducta que debía seguir, y no recibiendo tan pronto la contestación, ha decidido que hará caso omiso de las instrucciones que se le den y guardará su libertad de acción.

Los de la Liga discutieron largamente cuál debía ser la capital provisional, si Lyon ó Marsella, pero no convinieron en nada. Un individuo de cada delegación será enviado a Tours para ponerse en relación con el Gobierno.

Los desórdenes continúan en Lyon, y los periódicos de Grenoble refieren la prisión, hecha por el populacho, del general Monnet, a quien se ha obligado a dimitir. El coronel Cassagne ha sido también preso.

Todo esto indica una aspiración: obrar independientemente del poder central, con lo cual es imposible dar unidad y armonía a esta acción independiente. ¿Se haría, dice el *Moniteur*, un llamamiento a los departamentos del centro y del Oeste? Pero ¿es posible creer que estos acepten órdenes de Lyon y Marsella, y que los actos revolucionarios (anticatólicos, los actos de violencia demagógica) ejecutados ó proyectados en estas ciudades, obtengan el concurso de la Bretaña, de la Vendée, de la Guyena, de la Anvernia, de la Turena y de la Borgoña? No, añade el *Moniteur*: las pretendidas disposiciones radicales adoptadas con pretexto de la defensa nacional, no darán más resultado que la dispersión de fuerzas, conflictos, anarquía, y todo esto en presencia del enemigo victorioso, que asistirá con gozo cruel a estas convulsiones y a esta impotencia.

Pues cuando todo esto sucede, cuando el enemigo avanza irresistible por todas partes, los prefectos del Oeste han impedido a los valerosos jefes de la Bretaña y la Vendée, que organicen y armen aquellas nobles comarcas, cuyos habitantes todos desean dar su sangre por la salvación de la patria. Parece increíble; pero el Sr. Cathelineau, cuya hermosa proclama a los vandeos publicamos el otro día, no ha podido alistar sus denodados voluntarios, cuando tanta necesidad y urgencia hay de ello, y ha vuelto a Tours a dar cuenta al Gobierno de que los prefectos no le dejan organizar sus fuerzas porque los vandeos son católicos ó invocan a la Virgen. ¡De cuánta monstruosidad y locura es capaz la revolución!

Los ministros de Tours han escrito a los prefectos que dejen al Sr. Cathelineau alistar sus voluntarios. ¿Lo harán así, ó desobedecerán federalmente las órdenes de Tours?

¡Ah! con la *Marsellesa* y el can-can quiere vencer ese pueblo corrompido! El nombre de María les estorba; ¡bárbaros! No atiende Dios estas locuras, porque si las mide con severa justicia, Francia que es castigada por su impiedad y sus iniquidades, será borrada del número de las naciones.

La *Iberia* vió en el manifiesto de los siete montpensieristas ataques duros al poder y dijo que suponía que no habrían reparado en ellos algunos de los firmantes, porque de otro modo hubieran hecho dimisión de los puestos que ocupan.

Esta observación es verdaderamente digna de

La *Iberia*, que hace algunos meses regalaba cada tres días a sus lectores un sustancioso artículo sobre la *Unidad política*, pidiendo destinos para los progresistas; digna del periódico que aplaudía como eminentemente liberal el profundo pensamiento político que se atribuyó en algún tiempo al Sr. Figuerola, de llenar las oficinas de su cargo con empleados que fueran distinguidos liberales y progresistas consecuentes.

Después de todo, esa es la política de los liberales.

El *Puente de Alcolea*, recogiendo en lo que toca a su patrocinado ó patrocinador el general Izquierdo la alusión de *La Iberia*, la contesta diciendo lo que sigue:

«... el general Izquierdo no ha dimitido su puesto de capitán general de Madrid, porque los puestos de peligro y de honor militar no son renunciables nunca; porque ha prestado y tiene el gran deber de prestar todavía servicios a la causa de la revolución que representa, porque quien como él en Sevilla y en la batalla de Alcolea supo vencer la obra resistente de muchos siglos, abriendo con el triunfo las puertas de la patria a cuantos comían en agenas tierras el pan de la emigración; plantando el árbol de la libertad; destruyendo el látigo de los despotas, que por mucho tiempo tuvieron enmudecida la prensa, cerradas las columnas de nuestro mismo colega a la libre emisión de sus ideas, está con justicia en su puesto.»

Añade *El Puente* después de la ingeniosa contestación que precede, que el Sr. Izquierdo usa de su derecho como ciudadano y como diputado al firmar manifiestos como el consabido, y que el general Prim puede destituirle si gusta del puesto de capitán general.

Se nos figura que la cuestión Izquierdo ha de dar que hablar.

Un periódico dice hoy que parece que su destitución está acordada, no por un acto espontáneo del ministro de la Guerra, sino por la presión que han ejercido en él dos comisiones, una civil y la otra militar.

Hasta que no veamos el decreto de destitución no creemos en ello.

Es el general Prim un señor muy considerado con ciertas personas.

Uno de los corresponsales del *Diario de Barcelona* concreta en el programa del párrafo siguiente todas las exigencias del Sr. Ruiz Zorrilla.

«El Sr. Ruiz Zorrilla, dice, apenas ve salvación posible a la revolución, y sin embargo se obstina en sacarla a flote. No quiere ser ministro de la Gobernación, y sin embargo ha hecho y presentado un completo programa de gobierno, que se compone de estos puntos:

1.º Completa independencia en el nombramiento y separación de gobernadores, secretarios y demás personal político en Madrid y en las provincias.

2.º Muerte civil de la guardia negra de D. Juan Prim; que se va empujando demasiado a juicio del Sr. Ruiz Zorrilla, en quien es preciso reconocer condiciones de rectitud y de incorruptibilidad.

3.º Separación absoluta de la Iglesia y del Estado como medio de obtener en el presupuesto de gastos una rebaja conveniente en estas circunstancias en que se van poniendo por los tejados los pesos duros.

4.º Constitución en las provincias de comités de purificación que vigilen la conducta de las autoridades y de los liberales, a fin de que no abusen ni estos ni aquellas de las ventajas de su situación.

5.º y último. Levantar el poder en lo fundamental y en lo secundario, en la esencia y en los detalles sobre bases puramente progresistas, sin mezcla de cimbríos ni montpensieristas.»

Dejamos los comentarios a cargo de nuestros lectores. Solo haremos notar cuánto nos ha llamado la atención que el corresponsal del *Diario de Barcelona* hable a un mismo tiempo de la guardia negra y de la rectitud e incorruptibilidad del Sr. Ruiz Zorrilla, que pide la muerte civil de esa guardia.

¿Acaso en la situación hay algo que no sea recto e incorruptible?

Se ha susurrado alguna vez que no son ajenas a la moralidad las razones que producen el disgusto de que está poseído el Sr. Ruiz Zorrilla; pero no sabemos con qué fundamento ni qué tiene eso que ver con la guardia negra.

Según el corresponsal del *Diario*, dada la crisis, lucharán dos tendencias en su resolución; una la del Sr. Zorrilla, que quisiera un Gobierno exclusivamente progresista; y otra la del Sr. Sagasta, que vuelve a sus aficiones conciliadoras de hace algunos meses.

Allá vá una noticia de sensación.

Supone el corresponsal del *Diario de Barcelo-*

a la causa; con el despojo de la gruta atacaba al efecto. Si, como era probable, aquellas ardientes poblaciones, heridas en la libertad de sus creencias, de su derecho a rezar y de su religión, intentaban alguna resistencia ó se entregaban a algún desorden, el escuadrón de caballería, llamado en el acto, acudiría a rienda suelta, y arreglándolo todo con el régimen de los estados de sitio, refutaría a la superstitión con el omnipotente argumento del sable. Del mismo modo que acababa de transformar una cuestión religiosa en cuestión administrativa, el señor Massey estaba dispuesto a transformar la cuestión administrativa en cuestión militar.

El alcalde y el comisario de policía, cada uno en su esfera, eran los encargados de ejecutar la voluntad del Prefecto. El primero tenía orden de mandar prender a Bernardita; el segundo de presentarse en las Rocas de Massabielle y despojar la Gruta de todo lo que la piedad ó el reconocimiento de los fieles había depositado en ella.

Sigamos a los dos, y principiemos por el alcalde para guardar el orden jerárquico.

XV.

Por más que el Sr. Lacadé, alcalde de Lourdes, rehuera manifestar su opinión sobre los extraordinarios sucesos que se verificaban, sentíase muy conmovido, y no vió sin cierto terror a la administra-

El procurador imperial, en el mero hecho de tratarse de una medida administrativa, no tenía por qué intervenir, y si había acompañado al Sr. Lacadé a casa del Párroco, había sido solo oficiosamente. Toda la responsabilidad de la decisión que se tomase, recaía pues en el alcalde.

Este tenía la seguridad de que el Párroco de Lourdes hacía infaliblemente lo que había dicho. En cuanto a obrar por sorpresa y prender bruscamente a Bernardita a escondidas del Cura, no había que pensarlo, puesto que el Sr. Peyramale estaba prevenido y tenía el ojo avizor. Hemos dicho, poco há, los sentimientos que agitaban al alcalde ante lo sobrenatural que surgía de improviso ante sus ojos. La aparente imposibilidad del magistrado municipal encubría a un hombre muy conmovido y agitado.

Dió parte al prefecto de la conversación que el Sr. Dutour y él acababan de tener con el Párroco, y de la actitud y palabras del ministro de Dios. La prisión de Bernardita, añadía, podría además, en el estado en que se hallan los espíritus, conmovér a la ciudad indignada, y provocar un tumulto contra las autoridades constituidas. Por lo que a él tocaba, en vista de la determinación tan formalmente expresada por el señor Cura, y en la expectativa de tan temibles eventualidades, veíase obligado, con tanto sentimiento, a rehusar (aunque tuviera que hacer dimisión de su cargo) el cumplimiento personal de

tura, su cabeza de energías líneas, la plenitud de fuerza que brillaba en toda su figura, su ademán resuelto, su rostro encendido de emoción, comentaban sus palabras y les daban toda su fisonomía verdadera.

El procurador y el alcalde se callaron un momento. Después hablaron de las disposiciones relativas a la Gruta.

—En cuanto a la Gruta, dijo el Sacerdote, si el señor prefecto quiere, en nombre de las leyes de la nación y en nombre de su piedad particular, despojarla de los objetos depositados en ella en honor de la Santa Virgen, que lo haga. Los creyentes sentirán tristeza y hasta indignación; pero que no tema, los habitantes de este país saben respetar a la autoridad aunque esta se extravíe. Dices que en Tarbes está un escuadrón dispuesto a acudir a una señal del prefecto. Puede retirarse. Por ardientes que sean las cabezas, por ulteriores que estén los corazones mi voz es oída, y sin fuerza armada respondo de la tranquilidad del país. Con fuerza armada no me atrevo a responder.

XVI.

La enérgica actitud del Sr. Peyramale, que todos sabían era incapaz de doblegarse en todo lo que consideraba como un deber, introdujo en la cuestión un elemento, aunque fácil de prever, inesperado.

ción entrar en aquel camino de violencias, que lo causaba harta perplejidad. Ignoraba qué actitud iban a tomar las poblaciones; es cierto que el señor prefecto anunciaba la posibilidad de enviar un escuadrón de caballería para mantener la tranquilidad en la ciudad de Lourdes después de la prisión, pero esto mismo contribuía a aumentar su inquietud. Además también le alarmaban la parte de sobrenatural y los milagros; de suerte que no sabía qué hacer entre la autoridad del prefecto, la fuerza del pueblo y las potencias de lo alto; hubiera querido contentar a la tierra y al cielo. Dirigióse, pues, para sostener su valor, al procurador imperial, Sr. Dutour, y los dos juntos se presentaron en casa del Párroco de Lourdes para comunicarle la orden de prisión emanada de la prefectura, y explicarle cómo, en virtud de la ley de 30 de Junio de 1838, el prefecto obraba en la plenitud de su derecho legal.

El Sacerdote no pudo contener la explosión de su indignación ante la cruel iniquidad de semejante medida, por muy ajustada que estuviera a alguna de las innumerables leyes concebidas por los Licurgos de lance, que el flujo ó el reflujo de nuestras doce ó quince revoluciones políticas han arrojado en la arena del palacio Borbon.

—Esta niña es inocente, señor procurador imperial exclamó. En prueba de ello, vos como magistrado, no habéis podido a pesar de vuestros infinitos interrogatorios hallar el menor pretexto para perse-

na que es posible que entre a formar parte del ministerio el ex-gobernador de Madrid Sr. Moreno Benítez. ¡Porra!

Evidentemente hay marejada fuerte en las regiones oficiales. A la crisis ministerial todos los días aplazados y todos los días renovada, desde que los címbrios y no pocos progresistas han tomado a pecho el hacer saltar al Sr. Rivero, ha venido a juntarse la indisposición del Sr. Ruiz Zorrilla y la irritación y el miedo que ha causado en los devotos de D. Juan Prim el manifiesto Topete-Rios-Izquierdo.

En cuanto a la salida del Sr. Rivero, *La Epoca* de anoche la da ya por definitivamente resuelta hasta el punto de que dice el periódico conservador liberal que dejará de dar pormenores acerca de la crisis, porque el patriotismo le veda poner obstáculos a las combinaciones que la retirada del ministro de la Gobernación hace necesarias.

La indisposición verdadera o supuesta del señor Ruiz Zorrilla, que hace días se encuentra en el Escorial, está dando lugar a noticias, suposiciones, conjeturas y habladurías en tanta abundancia que podría haberse escrito un tomo. No diremos que todo cuanto se dice sea exacto; pero por más que *La Iberia* lo niegue, algo hay de verdad en lo que cuentan algunos periódicos de oposición.

Parece, en efecto, que no es la indisposición física o al menos no es solo la indisposición lo que tiene apartado del palenque de la política activa al presidente de las Cortes Constituyentes. El señor Ruiz Zorrilla ha sido visitado repetidas veces en su retiro por personajes importantes del progresismo, comisionados algunos de ellos, según se dice, por el general Prim, para rogarle que acepte el puesto que va a dejar vacante el Sr. Rivero. Pero el Sr. Ruiz Zorrilla, que al decir de un corresponsal del *Diario de Barcelona* es uno de los que más han trabajado para obligar a salir del ministerio de la Gobernación al Sr. Rivero, parece que no está dispuesto a acceder a las instancias del general Prim y sus amigos. La razón de esta negativa es que el Sr. Ruiz Zorrilla está, según voz general, muy disgustado del giro que lleva la política, y de la influencia que han llegado a tener en el Gobierno del país elementos desorganizadores, sin historia, sin servicios, sin firmeza y sin abnegación. No hay para qué decir que esos elementos son los demócratas.

Además el Sr. Ruiz Zorrilla desea que se purifique la revolución en cosas y en personas. En suma, quiere a lo que parece, que la situación sea puramente progresista, y que se conteste a ciertos actos de oposición recientes con medidas de ejemplar energía. El general Prim no se atreve a acceder a tantas pretensiones, no le parece conveniente, por ejemplo, desprenderse de ciertas personas, militares sobre todo, por más que, como el Sr. Izquierdo, le den algunos disgustos.

Tal es, según rumores que parecen muy fundados, la situación política de hoy en lo que atañe a las personas, que es entre los liberales el asunto más importante.

Ignoramos cuál será el resultado inmediato de la crisis; pero entre tanto, la oposición gana terreno, el centro interinista trabaja sin descanso, y al fin y al cabo... ¡Qué malo está V. E., señor general Prim!

La República Ibérica no pierde las esperanzas, antes bien cada día las abraza mayores, de ver el triunfo de los franceses, aun después de tomados Toul y Strasburgo, y bloqueado París, y de sufrir nuevas y no interrumpidas derrotas.

«No desmayamos por esto, dice aquel periódico; aun dura el letargo del imperio: es imposible que sucumba una nación que reconoce sus errores, e inaugura la política del derecho.»

Se acercan los instantes supremos en que la libertad va a hacer prodigios y la democracia esfuerzos potentes; entonces diremos con orgullo que la Francia ha despertado por completo.

Entonces habrá realizado su misión la república francesa.

Y cuando llegará ese entonces? Los prodigios de la libertad y de la democracia no se han visto hasta la fecha, sino en los desórdenes de París, y en los asquerosos escándalos de Marsella y Lyon.

En cuanto a la resistencia a los prusianos, todo el mundo ve con asombro que estos caballeros entran y salen por donde les da la gana, sin que ningún valeroso democrata les cierre el paso; se acercan a Orleans, y Orleans queda evacuado en un abrir y cerrar de ojos, lo cual no impide para que los prusianos no quieran penetrar en la ciudad.

Establecen líneas férreas y telegráficas desde Berlín hasta el mismo París, después de tomado Toul, y no hay un republicano que corte los hilos o la vía, siquiera para protestar de algún modo contra la invasión más completa que se ha visto jamás.

Vengan, pues, vengan pronto «esos instantes supremos en que la libertad va a hacer prodigios y la democracia esfuerzos potentes», porque el hecho innegable es que hasta ahora nada hay prodigioso más que el pánico de los demócratas franceses, y nada potente más que el empuje de los prusianos.

Quizá todo varíe con la marcha del Sr. Orensé y compañía.

Aunque no nos ha causado extrañeza, no ha dejado de llamarnos la atención el elogio que *La Epoca* tributa a la circular del Sr. Echegaray en que se dispensa de la enseñanza de la doctrina cristiana a algunos maestros de la provincia de Sevilla, con el pretexto de que a sus escuelas acuden hijos de algunos padres evangélicos que sin duda no quieren ver a aquellos emponzonados con las doctrinas católicas.

Ayer hablamos de esto, y preguntamos si era o no la religión católica religión del Estado. Hoy debemos decir a *La Epoca* que si el Sr. Echegaray impide la enseñanza del catecismo porque los evangélicos no quieren que sus hijos aprendan las verdades católicas, el Sr. Echegaray debe también impedir la enseñanza del panteísmo, del racionalismo y de todos los errores, muy en boga en la Universidad central sobre todo, porque los padres católicos no quieren que sus hijos se corrompan con tan pestilentes errores.

Antojámonos que el Sr. Echegaray, y *La Epoca* también en el presente caso, ignoran que la libertad de enseñanza, conquista revolucionaria, está legalmente por cima de las conveniencias particulares de los evangélicos y de los no evangélicos.

Es lástima que los entusiastas defensores de las libertades modernas no sepan siquiera a lo que estas obligan.

Tiene *El Diario Español* que un pelotón de hulanos venga escoltando hasta el palacio de Oriente al futuro rey, que el de Prusia tenga in pectore el deseo de imponernos.

«Un pelotón de hulanos! ¿Tan mal concepto tiene *El Diario Español* de la España con honra que juzga capaz a unos cuantos hulanos de someterla al yugo del primer rey que se le antoje regalarlos el de Prusia?»

¿Dónde está el ardor belicoso, la fiera independencia de los héroes de Cádiz?

No es malo que vayan reconociendo su propia pequeñez.

Todas las noticias de Roma están contestes en que las tropas italianas han abierto la mano a todo linaje de desórdenes.

Con aquellos bandoleros entraron en la ciudad santa gran número de garibaldinos, hombres libres, acompañados de mujeres de mal vivir, mujeres libres, natural escoria de todos estos virtuosos regeneradores de los pueblos esclavos.

Semejante canalla no podía dar de sí más que crímenes y escándalos, y en efecto, Roma ha sido testigo de horribles profanaciones, y el Sumo Pontífice ha estado expuesto a ser víctima de la ferocidad revolucionaria.

Mientras los presos de las cárceles eran libertados y paseados en triunfo por las calles,—el crimen triunfante siempre con la revolución—los heroicos defensores del Papa eran asesinados villanamente, acaso por aquellos mismos valerosos patriotas que hubieron de correr como liebres en Mentana, bajo las órdenes del invencible Garibaldi.

El *Coliseo*, santificado con la sangre de tantos mártires, y la Catedral del Espíritu Santo, desde donde han dicho al mundo la palabra de verdad tantos y tan insignes oradores, ha caído en poder de las blasfemias, de los asesinos, dignos herederos de los sayones de Diocleciano, y de los tribunos demagógicos que predicaban el odio a Jesucristo y la destrucción completa del orden social.

Llegaron, pues, los días de la gran tribulación; mas llegarán también los días de la gran victoria.

A *La Esperanza* escriben de la provincia de Burgos, diciéndole que da horror oír a los soldados y guardias la relación de la muerte alevosa que dieron al Cura Navajas, de orden del segundo de Marquez. Parece que ese desgraciado sacerdote se entregó a instancias de un guardia civil, y hecho prisionero, fué mandado fusilar en el acto por el teniente de Marquez; herido a la primera descarga, imploró clemencia, a cuyos ruegos se contestó con otra descarga que dió muerte al infeliz, cebándose luego en él algunos soldados, acuchillándole la corona y pinchándole con una saña de salvajes.

Otros siete carlistas que murieron, y no veintitres como se ha dicho, fueron más bien asesinados que muertos en acción.

Los hulanos no cometen atrocidades semejantes, y eso que se les llama los soldados del nuevo Attila, a diferencia de los nuestros, que son los soldados de la libertad, de la civilización y de otras lindes por el estilo.

Tenemos entendido que uno de los apreciables redactores de cierto diario carlista, cuya publicación cesó hace algún tiempo, ha escrito y dará pronto a la estampa un curioso folleto refiriendo no sabemos qué estipulaciones entre D. Eustaquio Díaz de Rada y el coronel Escoda.

A la relación, según se dice, acompañarán varios documentos.

Por cierto que no sabemos explicarnos la razón por qué no llegó a poder nuestro la carta en que nuestro corresponsal de la frontera nos daba la precedente noticia. Si la carta pereció a manos de los delegados del Gobierno, como podría sospecharse en vista de ser la única que nos ha faltado, no vemos motivo para ese rigor en retardar por unos días nueva tan inocente y tan sencilla como la de la publicación del susodicho folleto.

En las Provincias Vascongadas y Navarra continúan haciéndose prisiones a más y mejor de personas respetables y honradas, cuyo único crimen consiste en ser conocidas por sus opiniones carlistas.

Vemos en los periódicos que ha sido reducido a prisión el Sr. Unceta, hermano del diputado, y su respetable padre, aunque este afortunadamente se halla arrestado en su propia casa, en atención a la avanzada edad y delicada salud del detenido.

Deseamos que muy pronto, demostrada la inocencia de los acusados, puedan volver libremente al seno de su apreciable familia, de cuyo natural disgusto nos hacemos partícipes.

DES PACHOS TELEGRAFICOS.

(De la Gaceta de hoy.)

ROMA, 29 de Setiembre (a las diez y treinta minutos de la noche; Madrid 30 id., a las nueve y treinta minutos de la mañana).—El encargado de Negocios de España al señor ministro de Estado: «El plebiscito se votará el 2 de Octubre con la fórmula de anexión a la Italia constitucional bajo la dinastía reinante.»

BRUSELAS, 29 de Setiembre (a las tres y treinta y cinco minutos de la tarde; Madrid 30 id., a las diez y tres minutos de la mañana).—El ministro de España al señor ministro de Estado: «Acaba de recibirse el siguiente telegrama:

«MEZIERES, 28 de Setiembre (por la tarde).—El nuevo armisticio se prorogará probablemente hasta el 9 de Octubre. Verdun sigue cercado; pero atacado débilmente.»

El embajador de la Confederación de la Alemania del Norte ha comunicado el siguiente telegrama:

BERLIN, 28 de Setiembre (a las doce y cuarenta minutos de la noche; Madrid 29 a las doce de la noche).—Oficial.—FERNIERES, 28 de Setiembre.—Han sido descubiertas y destruidas cuatro líneas telegráficas de París a Tours, hacia el Sur, en el fondo del Sena y bajo de tierra. Por lo demás, nada de nuevo.

La Correspondencia publica los siguientes párrafos de una carta de la Coruña, cuya lectura, según dice, hace derramar lágrimas por la triste situación en que hallan las clases pasivas de Galicia. Firmala una pobre viuda:

«Nos deben ocho meses y estamos en la mayor miseria. Los caseros nos echan de las habitaciones porque no tenemos para pagarlas; los maestros de instrucción primaria despiden a nuestros hijos porque no podemos satisfacer sus honorarios; nuestros hijos se mueren de hambre y de miseria y apenas si podemos darles cada veinticuatro horas una libra de pan, única cosa que podemos comprar con el escaso producto de las limosnas que pedimos en medio de las calles por las noches.»

«El señor ministro de Hacienda, añade el diario noticiario, parece que piensa seriamente en aliviar la triste situación de las clases pasivas de las provincias y esperamos que no pasará mucho tiempo sin que lo consiga.»

Tiempo hace que las infelices clases pasivas se alimentan de esperanzas.

No es cierto, dice un diario de la situación, que haya ido al Escorial el Sr. Ruiz Gómez a vencer la resistencia del Sr. Ruiz Zorrilla y convencerle que acepte la cartera de Gobernación, en cuyo caso el actual gobernador de Madrid formaría parte del Gabinete.

Noticias tomadas de *La Correspondencia* de anoche:

«En Barcelona se está habilitando un nuevo hospital, en local espacioso y ventilado, para el caso en que sea necesario por las invasiones que se presenten.»

—El gobernador de Tarragona ha salido para Tortosa, con objeto de adoptar medidas para calmar la excitación del vecindario que teme por la fiebre amarilla de Barcelona.

—Mañana quedará completamente evacuada de vecinos la Barceloneta, a pesar de la resistencia que oponen algunos.

—Ha llegado a Madrid la esposa del carlista señor Arregui, que como saben nuestros lectores, ha sido condenado a la última pena.

—El Consejo de ministros no ha llegado a ocuparse del solicitado indulto del jefe carlista Arregui, en razón a que la sentencia impuesta por el consejo de guerra no ha sido aun aprobada por el capitán general a quien corresponde.

—Esta noche a las nueve se reúne, según costumbre, la comisión permanente de Cortes.

—El regente no ha ido a Riofrio, como ayer dijimos; ha ido a la Granja, con el único objeto de ver una finca que allí ha adquirido recientemente, y estará en Madrid de mañana a pasado.

—Ayer se reunieron los diputados partidarios de la candidatura del duque de la Victoria, y acordaron convocar a todos sus correligionarios ocho días antes de la reunión de las Cortes a fin de ponerse de acuerdo acerca de las varias cuestiones que en las primeras sesiones han de suscitarse.»

Las siguientes noticias son de *El Imparcial*:

«Ha llegado a Enfesta (Coruña) el oficial del Gobierno delegado por el gobernador civil para esclarecer los hechos que allí han tenido lugar últimamente, y una compañía del ejército facilitada a la autoridad civil por el capitán general para mantener el orden.»

El gobernador ha mandado que se proceda inmediatamente a verificar el reparto vecinal.

El juzgado continúa practicando diligencias, habiendo dictado auto de prisión contra varios de los alborotadores, además de los siete que se hallaban detenidos.

—En el consejo de guerra celebrado ayer en Victoria fueron sentenciados a la última pena D. Justo Fernandez, que no ha sido habido; a reclusión perpetua D. Pedro Corcuera y a doce años de prisión D. Benito Vitoria, todos por resultar complicados en la última sublevación carlista.

—La observación de algunos enfermos con calenturas de carácter sospechoso, ha producido en Alicante verdadero pánico, al que han contribuido no poco muchas familias acomodadas que han abandonado precipitadamente la población. Sin embargo, según los telegramas oficiales, no hay causa bastante fundada para el desconcierto y ansiedad de que es presa el vecindario.»

Parece que en virtud de orden del señor gobernador civil de Córdoba, ha sido capturado el maestro de instrucción primaria de Villanueva de las Algas, D. Antonio Lopez Narvaez, por considerársele complicado en algunos secuestros.

Dice un periódico:

«Parece que ha habido un serio altercado entre dos personajes de la situación, con motivo de órdenes dadas por uno de ellos, de que el otro no tuvo conocimiento alguno.»

«Si serán los personajes aludidos, pregunta *El Eco de España*, los señores ministro de la Guerra y capitán general de Madrid?»

Leemos en un periódico:

«Una comisión de la Universidad central estuvo ayer a invitar a los ministros a la apertura del curso académico.»

En cambio de tan atenta invitación a generales y hombres políticos, el claustro ordinario de la Universidad de Madrid se ovida de invitar, como debiera, a los doctores incorporados al mismo.

Parece ser que algunos han determinado separarse de dicho claustro.»

CORREO DE HOY.

En otro lugar hablamos de las monstruosidades cometidas por los revolucionarios franceses. Ha aquí lo que leemos en el *Moniteur Universel* relativo a los vandeos:

«LOS VOLUNTARIOS DEL OESTE.»

El Sr. de Cathelineau había salido para Augers a reclutar el cuerpo de voluntarios de que hemos hablado. Desgraciadamente el prefecto de Maine-et-Loire y el del Loira-Inferior han creído deber oponerse absolutamente a toda tentativa de alistamiento y a la formación de los voluntarios del Oeste.

El Sr. de Cathelineau se ha visto obligado a volver a Tours, y ha dado cuenta de lo que le sucede a los Sres. Laurier y Creimieux.

El guarda-sellos ha escrito a los dos susodichos prefectos la siguiente carta:

«Tours, 28 de Setiembre.—Queridos prefectos: Dejad a Cathelineau, Stofflet y Queriaux la misión que se han impuesto y que nosotros hemos aprobado. En este momento no se trata más que de hacer la guerra a los prusianos; dejemos que todas las opiniones se reúnan, para librar nuestro suelo, bajo la bandera de la Francia.»

«Los nombres vandeos no son hoy más que un recuerdo de nuestra historia, y comprenderéis fácilmente vosotros y vuestros queridos republicanos, el abismo que separa el pretendido heredero del trono divino y nuestra hermosa bandera de la revolución.»

«No contrariéis, pues, a nuestros vandeos de 1870. Que nuestros conciudadanos se unan y marchen juntos bajo nuestros colores nacionales; no nos da cuidado que los franceses católicos invoquen a la Santa Virgen, mientras que los franceses liberales invocan la santa libertad.—Ad. Crémieux.»

El Sr. Laurier, por su parte, ha escrito también lo siguiente a los mismos funcionarios:

«Tours, 28 de Setiembre: Mi querido Enrique; mi querido Guepui: En presencia de los prusianos, no hay partido, hay Francia.»

El Sr. de Cathelineau nos da la palabra de que su concurso es leal, consagrado a la patria y sin miras ulteriores.

«Acojamos este valor, y en lugar de desconfiar de él, lauremosle.—Vuestro, C. Laurier.»

En Lyon la lucha continúa entre los partidarios de la bandera del motín y los de la bandera na-

cional. La bandera roja flota todavía sobre el hotel de Villa. Varias banderas tricolores destinadas a los cuarteles de artillería han sido desgarradas por el pueblo. El sábado los móviles del Var, llevando la bandera tricolor, han arreado y roto la bandera roja del hotel de Villa. *La Descentralización* propone para hacer cesar estas querellas enarbolar la bandera negra, y añade que a multitud de gentes se les oye murmurar:—¡Ah, si estuviera entre nosotros Castellane!

Hé aquí la descripción que los periódicos franceses hacen de la batalla de Villejuif y de la fisonomía de París durante aquella jornada:

«En la tarde del jueves 23, muchas baterías de artillería marchaban de los boulevares de Vaugirard y Arago para ir a acampar en los alrededores de Villejuif, donde de antemano se encontraban varias tropas de línea de la division Vinoy. Se anunciaba una acción de importancia para el amanecer del viernes.»

Durante toda la noche las avanzadas habían sostenido fuego de fusilería sin causar grave mal al enemigo, pero habiendo conseguido impedir que este tomara posiciones y se emboscara alrededor de las nuestras como acostumbra.

A las dos y diez minutos de la noche del jueves al viernes oyóse el primer cañonazo, disparado en estas escaramuzas parciales que debían generalizarse al amanecer.

Muchas detonaciones sordas, prolongadas, respondieron a esta señal.

Nosotros nos dirigimos inmediatamente hacia el Trocadero; la noche era clara y magníficamente estrellada. La niebla espesa que hasta entonces había velado el horizonte, se disipó.

A la derecha la masa enorme del Monte Valeriano permanecía sombría. En todo este lado reinaba un silencio absoluto.

Frecuentes detonaciones se oían hacia el Sur.

Nosotros repasamos el Sena y subimos hacia la barrera de Italia.

En el ángulo de la avenida del Observatorio y de la avenida del puente Real un grupo de guardias nacionales hablaba con animación. Durante la tarde los habitantes de este cuartel han visto pasar numerosos destacamentos de móviles de infantería y sobre todo de artillería. Nada de tambores ni cornetas; los soldados marchaban con el más profundo silencio.

Al acercarnos a la barrera los centinelas nos impidieron pasar.

Obligados a volver sobre nuestros pasos, nos dirigimos al muelle Voltaire. Una vaga claridad empezaba a iluminar el horizonte. Las detonaciones comenzaban a ser más frecuentes y más próximas. Muchas compañías de móviles subían por la calle de Bonaparte.

En este momento nos dirigimos hacia Ivry. La población estaba desierta, todas las puertas cerradas. Imposible llegar a la calle Frambourg; los centinelas nos impidieron el paso.

Desde la pequeña calle que desciende a las fortificaciones y a la estación, aperchimos un destacamento de infantería que desfilaba rápidamente hacia el camino estratégico.

Muchos guardias nacionales nos afirman que han visto pasar prisioneros prusianos.

El cañoneo redobla. Desde las siete a las ocho su rapidez es tal, que asemeja a los disparos de ametralladoras.

Parece, sin embargo, que el fuerte de Ivry no toma parte muy activa en el combate.

Advertido por los franco-tiradores que grandes masas de prusianos avanzaban hacia Bourg-la-Reine y Villejuif con el objeto de pasar entre los fuertes de Vincennes y de Ivry, el general Trochu había hecho marchar durante la noche, en esta misma dirección, tropas de la division Vinoy. Estas tropas, operando un movimiento de contramarcha por Montrouge e Ivry, envuelven las fuerzas enemigas que, cercadas entre esta muralla viva y la artillería de los fuertes, son diezmadas. Hasta este momento los prusianos nos han sorprendido muchas veces; hoy han empezado ellos a ser sorprendidos.

Se dice que veinte o treinta mil prusianos han sido puestos fuera de combate. Las ametralladoras han tendido por tierra filas enormes de combatientes.

A las nueve y media el cañoneo cesó.»

De Marsella dicen a *La Liberté*:

«Aquí existe un cúmulo de cosas raras que nos conducen inevitablemente a la guerra civil. Elementos de todas clases, unos fundidos y otros en competencia, nos tienen colocados en una especie de estado revolucionario, que tiene completamente abolida hasta la sombra de legalidad. El ha creado poderes sin nombre que oprimen o paralizan las funciones de toda autoridad regular. Todo el departamento está sometido a este régimen, que debe esperarse tendrá fin. Por nuestra parte estamos dispuestos a prestar nuestro apoyo a quien quiera representar la república honrada y que se proponga concluir con la guerra civil lo mismo que con la invasión extranjera.»

MARSELLA, 24 de Setiembre.—M. Esquiros ha publicado las penalidades dictadas por la ley contra los autores de prisiones ilegales. La población ha acogido esta publicación con satisfacción.

La Descentralización, periódico de Lyon, hace la siguiente reseña de una de las reuniones públicas que en aquella ciudad tienen lugar:

«Toma la presidencia el ciudadano Saigne (Sangría) nombre que promete y que cumple sus promesas.»

Nada tan violento, tan triste y tan feroz habíamos oído jamás como la manera de hablar del ciudadano Saigne. Este mozo se burla cuando se le habla de juramentos, de honor, de conciencia. Declara que por su parte, si hubiera podido descubrir los nombres de los espías asalariados por Napoleón, hubiera despachado a dos ó tres.

Hace temblar considero el tesoro de odio amasado en el corazón de estos hombres, odio en que comprenden no solo a los que les han causado algún mal, sino a todo el que posee alguna fortuna ó tiene fama de honrado.

Hé aquí el extracto de las resoluciones tomadas en esta reunión:

«Se levantará un impuesto progresivo y forzoso de 200 millones.»

Todos los ricos que abandonen la ciudad tienen la obligación de volver antes de cuarenta y ocho horas bajo pena de muerte.

Todos los oficiales del ejército nombrados por el emperador serán destituidos.

Los fuertes serán ocupados exclusivamente por la guardia nacional.

Se publicarán los nombres de todos los agentes de policía que han servido al imperio.

(Nota: se matará a los que se pueda.)

Estos ciudadanos se quejan de no haber podido encontrar en Lyon impresor que quiera encargarse de publicar el diario de sus sesiones.

Por lo visto el periódico *La Descentralización* se ha encargado de suplir esta falta.

El *Moniteur Universel* dice lo siguiente a propósito de la desorganización y debilidad que hay en la defensa de Francia:

«El número de nuestras fuerzas es tranquilizador; nuestros corresponsales nos hablan todos los días de soldados, guardias móviles, guardias nacionales, y lo añaden: ¿qué se hace? ¿qué se hace? «Si, ¿qué se hace?» dicen; «por qué ante este ejército prusiano, tan fuertemente organizado, tan

bábil y atrevidamente dirigido, se hacen estos montones confusos que se forman para desaparecer, estas masas informes de hombres que se sacan al aire a guisa de espanto, y que se vuelven a encanchar precipitadamente en cuanto se ve la sombra de un casco prusiano? ¿Cómo? ¿No ha tenido ningún general la idea de atacar una de estas avanzadas enemigas que se adelantan treinta leguas de su cuerpo de ejército? ¿Cómo? ¿Retirarse siempre, siempre! ¿Es la huida lo que se organiza? ¿Se nos habla de un ejército del Loira, y a la sola aproximación de algunos millares de prusianos Orleans es abandonado, y se anuncia que si los hulanos corren hacia el Sur el Gobierno dejará a Tours? Entonces, ¿a qué hablar del ejército del Loira? Y hay además, dicen, ejército de Lyon. ¿Cómo? ¿no se han podido encontrar dos ó tres divisiones que, uniéndose a los guardias nacionales del Este, fuesen a socorrer a Strasburgo, que se deja destruir por Francia? ¿Qué! ¿no se ha podido enviar ninguna fuerza para ayudar a Bazaine a romper el círculo de hierro que le aprisiona? ¿Hemos de perder, después del ejército de Sedan, el ejército de Metz? Pero seríamos vencidos, se dirá: sea; pero se aprendería a combatir al enemigo; y, a menos que nuestros generales no se empeñen en dejarse cercar siempre, un ejército vencido no es un ejército perdido. Heche, batido en Kaiserslautern, tomaba una magnífica revancha en Wissemburgo; Jourdan, rechazado seis veces, hizo un supremo esfuerzo y ganó la batalla de Fleurus. ¿No queda nada en Francia del génio militar de Heche, del génio organizador de Carnot? Si es así, haremos la cabeza, y aceptemos de la generosidad de los prusianos lo que quieran dejarnos. En todo caso, paseemos a través del país el espectáculo de la debilidad del Gobierno. Apenas reconocido en Tours, no lo sería nada en otra parte.»

Hé aquí, añade el *Moniteur*, lo que hallamos en nuestras correspondencias... Francia no se siente bastante defendida...

Dice una carta de Bruselas:

«Los acontecimientos de Italia y de Roma comienzan a conmover a nuestros pueblos. Ayer reinaba aquí grande emoción, cuando se recibió el parte anunciando que los italianos habían entrado en Roma después de cuatro horas de lucha. Esa emoción se explica doblemente, primero por la profunda adhesión de nuestros pueblos al Padre Santo, y luego por la circunstancia de que miles de familias belgas tienen hijos suyos en el ejército pontificio.»

De diez años acá Bélgica ha dado más de seis mil zuavos al Gobierno pontificio; pertenecen a nuestro país los principales oficiales de aquel ejército, y es probable que serían los zuavos los que anteayer tratarían de rechazar el asalto dado a la Ciudad Eterna por los soldados italianos.

Esta mañana un periódico ha publicado una carta anunciando que Pio IX tenía intención de retirarse a Bélgica. Lo dudo. Sin embargo, sé que católicos eminentes y Prelados venerables de nuestras provincias han invitado al Sumo Pontífice a que se venga a la católica Bélgica si los acontecimientos le obligan a salir de Roma.

Entre tanto Bélgica es el asilo de la gente imperial destruida de París por el advenimiento de la república. La princesa Matilde se ha refugiado en Mons; el príncipe Pedro Bonaparte está en Rochefort, villorio del Luxemburgo. Las ciudades de Namur, Lieja, Gante y Ostende están llenas de chambelanes, damas de honor, caballeros, ayudas de cámara, gentiles hombres, etc.»

Los periódicos de Barcelona continúan refiriendo las medidas llamadas sanitarias que se adoptan en varios puntos del Principado para librarse de la fiebre amarilla, demostrando que en esta materia, como en todas, reina la mayor anarquía. Véase, en prueba de ello, lo que sobre el particular escribe de Puigcerdá con fecha 25 de Setiembre último al *Diario de Barcelona*.

Después de dar cuenta de la ridícula y vejatoria desinfección que sufren en el empalme los equipajes de los viajeros que van a Girona y de describirle el cuarto y aparato de fumigaciones, dice:

«Allí entraban los pasajeros con sus equipajes, y mientras unos estaban obligados hasta a abrir sus sombrereros y saquitos de mano para ponerlos el sello de fumigado, otros entraban los baúles y volaban a salir de allí con dicho sello sin abrirlos. Los paquetes de colchones tampoco se desataban; pero en recompensa los echaban a perder rociándolos con cloruro de cal; por fin se formará Vd una exacta idea del objeto culminante que allí presidia, diciéndole que víxigir un real ó dos (no recuerdo bien la cantidad) para poner el sello de fumigado a una cama de hierro que no fué ni sacada del rincón del wagon en que estaba.»

A pesar de las fumigaciones, no se permite la entrada de los coches en Girona; tienen que dar un rodeo y vadear el río con agua los caballos hasta el vientre.

